

[El vacío abisal de una literatura sin realidad presente \(ni pasada\)](#)

Matías Escalera Cordero

[La \(re\)conquista de la realidad](#): la novela, la poesía y el teatro del siglo presente / coord. por Matías Escalera Cordero, 2007, ISBN 978-84-935476-0-8, págs. 7-16

Matías Escalera Cordero

El vacío abisal de una literatura sin realidad presente (ni pasada)

En el año del cuarto centenario de la primera parte de *Don Quijote*, 2005, fecha simbólica donde las haya para el arte literario, Eduardo Mendoza, uno de los más reputados escritores en lengua castellana de nuestra época, tras quejarse de la falta general de debate y de una respuesta adecuada a lo sucedido en Barcelona, durante la entrega de los premios *Planeta 2005*, por parte del “mundillo literario” hispano, terminaba así su habitual columna de opinión, titulada, esta vez, lacónicamente “*Marsé*”

“... el panorama no es bueno para el Planeta, pero sobre todo no es bueno en general, porque una literatura es un lenguaje en el que participa toda la comunidad, incluidos los que no leen, y en este lenguaje ha de haber de todo: piezas profundas, superficiales, aburridas y divertidas. Hasta desaciertos. Pero no un vacío abisal. Y si lo hay, tenemos un problema, no una anécdota.” (El País, 24/10/05)

¿Cómo se ha llegado a ese “vacío abisal”? ¿Cómo nos hemos hecho inmunes a la inteligencia y al sentido, justo los que vivimos de la inteligencia y nos dedicamos a la promoción del sentido y el significado? Son preguntas que merecerían una respuesta o un conato, al menos, de respuesta.

Una parte de esa respuesta es lo que hemos querido que sea este libro, una obra colectiva de referencia que sumase los trabajos y las propuestas de autores de distintos ámbitos de la creación y del pensamiento -desde perspectivas diversas: y esta es otra de sus virtudes, creemos- sobre la necesidad de reconquistar -o *conquistar*, por fin, como quiere José Antonio Fortes: de ahí el prefijo parentético del título- la realidad para el teatro, la novela y la poesía españolas de hoy; un libro que sacuda y remueva -si eso es aún posible- las aguas estancadas en que sesteaba nuestra literatura. Una recia y resuelta reivindicación de lo real -del referente, en los signos- como cimiento irrenunciable -dador de sentido- del pensamiento y de la creación literaria actuales.

Las ideas que lo fundan, así como los diversos enfoques, corren de cuenta de los que las sustentan y expresan; pero la idea central que emana del título del proyecto: *La (re)conquista de la realidad*, es la misma: la sustancial vinculación de la realidad -real- con el pensamiento y las prácticas artísticas; aun sabiendo que hay *realismos* cuya función es precisamente ocultar y *velar* la realidad misma: toda esa caterva de costumbrismos -*picantes* o ramplones-; de folletines, seriales, melodramas *étnicos*, psicológicos, *sapienciales*, biográficos o *sociales* -de putas y borrachos; seres *marginales*, los más, “en las afueras de la realidad”, casualmente-; literatura “de género”, encargada de “ocuparnos el tiempo”, de entretenernos, de adiestrarnos, amansarnos y desvalijarnos.

Por lo que, más allá -y más acá- de la naturaleza, función y carácter de las diversas estrategias *realistas*, ¿qué relación tienen con la realidad presente española, europea y global, la poesía, el teatro y la novela actuales en España?; ¿dan cuenta de la realidad histórica, material, política, social, simbólica y económica de la España, de la Europa y del mundo presentes?; ¿aparecen reflejados -codificados artísticamente- los procesos de sumisión y de dominación a partir de los cuales se constituyen esas realidades? Esa es la cuestión central planteada.

Descontados el estupor y el hastío que nos provocan las toneladas de lama inmundas que cubren y empantan las mesas y los anaqueles de los actuales supermercados del libro, en ese “tenso diálogo” -motivo del estupor de Eduardo Mendoza- entre Juan Marsé y María de la Pau Janer, durante la rueda de prensa posterior a la concesión del premio, cuando Juan Marsé, miembro del jurado, criticó (“*en un gesto insólito*”) la calidad de las obras ganadora y finalista; y en la respuesta que la Janer dio a la pregunta, “¿cómo definiría usted su novela?”, de uno de los periodistas presentes en ella, encontraríamos algunas de las razones que justifican nuestro empeño.

JUAN MARSÉ: *No me gustaría chafarle la fiesta a nadie, pero [...] soy la oveja negra del jurado, porque no he votado a ninguna de las dos obras ganadoras [...]. La premiada tiene como problema un ritmo narrativo tan pormenorizado y tan meticuloso que me empecé a impacientar. Y luego esa decantación hacia lo sentimental [...]. La autora deja al descubierto la carpintería, las tuberías y las ínfulas literarias [...]. Es una novela con buenas intenciones, pero no está bien acabada [...]. En un país con tantos premios, que se produzcan media docena de buenas novelas al año es puro milagro. Esto no funciona [...]. Desde el punto de vista comercial, el Planeta funciona, pero desde la óptica literaria es más que dudoso...*

MARIA DE LA PAU JANER: *No me has aguado la fiesta en absoluto [...]. La obra de Marsé sólo me interesó hace años, cuando publicó Últimas tardes con Teresa [...] Ahora juegas a enfant terrible...*

J. M.: *No tengo edad...*

M. P. J.: *Sí, a veces se pasa la edad, ése es el problema...*

J. M.: *No te confundas. A mí me interesa la literatura y a vosotros la vida literaria...*

Y a la pregunta, ¿Cómo definiría usted su novela?; María de la Pau Janer contesta: *Es una novela de amores, encuentros y desencuentros. Habla del poder del azar en la vida y de personajes que se buscan a sí mismos en una Roma nada turística. Una persona se encuentra en un aeropuerto con un objeto perdido de otro pasajero y eso le devuelve una parte de su pasado. Trato el tema de la segunda oportunidad, reivindico que los trenes vuelven a pasar...* (La Vanguardia, 17/10/05: edición digital)

Aunque de puro banales, de repetidas y manoseadas, esas afirmaciones -y otras tantas por el estilo- no merezcan mayor explicación, pues -tal como quedan reseñadas- se comentan por sí mismas, no debemos pasar por alto su enorme capacidad de penetración social y su extraordinaria potencia *ideologizadora*; mucho más potente incluso que aquella otra literatura -tímidamente prestigiada- que el *mercado editorial* trata de vendernos como su *antítesis* ideológica y estética; esa supuesta “literatura comprometida” -de *izquierdas*- que, en realidad, sigue los mismos dictados de las modas, las mismas orientaciones del mercado, pero adornada de la impostura del prestigio intelectual y *cultural*; escritura y escritores que gozan de una más que saludable reputación *literaria* -tanto desde la orilla crítica, como desde la académica-, y que irrefutablemente pasan -y esto es lo más grave, pues explica, en parte, ese “*vacío abisal*” que ha descubierto, por fin (¡ya era hora!), Eduardo Mendoza- por escritores -y escrituras- *realistas*, e incluso, por *realismo crítico* de izquierda; sea el caso, por ejemplo, de Antonio Muñoz Molina¹, uno de los más (re)conocidos.

Si *Sefarad*, de Antonio Muñoz Molina, y la mayoría de las novelas dedicadas a la Guerra Civil, al periodo de la II República o a la posguerra franquista son un asalto a la razón histórica es fundamentalmente por *deshistorización* de la realidad histórica novelada -en realidad, “no novelada”, pues en ellas no hay propiamente novela-; si son moneda literaria falsa -un timo- es precisamente por lo que callan y por lo que ocultan tras esa “no escritura” que vienen denunciando algunos emboscados de la crítica literaria universitaria, como José Antonio Fortes, desde Granada.

Se nos tima porque se utiliza el pasado *novelado* como excusa para huir del “presente novelable”; porque se rehuye y se evita la realidad en la que de verdad vivimos y que de verdad nos afecta, porque nos quema -y acaba abrasándonos-; porque en ella -claro- con cada postura -con cada verdadero “acto literario”- nos comprometemos... Escribir sobre los asesinos y las víctimas del pasado, nos evita escribir sobre los asesinos y las víctimas de hoy; reducir todo al confuso -e *inobjetivable*- ámbito de la “dignidad personal”, o a la vieja cantinela del yo y “no yo”, el error precisamente sobre el que gravita la equivocación entera de don Quijote, o a la de las viejas e “*idénticas* emociones heridas” de los *perdedores* de todos los tiempos y lugares, vengan de donde vengan (da igual que sean víctimas del Holocausto, oficinistas y pequeños burócratas provincianos, enfermos terminales de cáncer o maduros escritores que nos endosan -queramos o no- su paleta nostalgia pueblerina), y hayan luchado en el bando que hayan luchado (pues, al cabo, todos somos víctimas del “exilio de la vida” y de malvadas fuerzas incontrolables, etcétera, etcétera, etcétera); es el mejor modo de confundirnos, de lanzar cortinas de humo que impidan el conocimiento exacto de las causas y de los efectos de las cosas.

Dónde está, por ejemplo, la -perfectamente controlable- tecnología IBM, que permitió el exacto censo de la población judía alemana y centroeuropea; ¿de dónde salió el enorme capital necesario para la consecución del exterminio, y quién se benefició entonces -y luego, durante la posguerra- de ello? No están tan lejos, si mirásemos con atención a

¹ Los argumentos que siguen a continuación tienen en cuenta -acompañándolos casi a ras de escritos textos fundamentales para la tarea que nos ocupa de José Antonio Fortes; uno, titulado *Panfletismo*, es un artículo dedicado a *Sefarad* de A. Muñoz Molina, publicado en *Quimera*, nº 204, junio de 2001 -revisado posteriormente en *Escritos intempestivos*, Granada, 2004-; y, el otro, es el libelo titulado *La guerra literaria*, que forma parte de los dos *contratiempos* publicados precisamente por Tierradenadie Ediciones (Madrid, 2003).

nuestro alrededor, descubriríamos sus objetos cerca de nosotros; tal vez, dentro de nosotros.

“... ¿Dónde está la 'superior fraternidad' fascista española...? -se pregunta, José Antonio Fortes-. ¿Dónde el 'club de los inocentes' intelectuales del fascismo español? ¿Dónde los Heidegger en España? ¿Dónde, los muertos asesinados por el genocidio de clase que ejecutan los fascistas españoles en España? ¿Dónde, el 'arrebato temerario y tóxico de romanticismo' (p. 107 Alfaguara, 2001) como razón histórica para la División Azul contra 'Rusia es la culpable'? ...”

En efecto, todo se reduce en ellas –en ese tipo de falsas “novelas históricas”–, a meros conflictos individuales (de hondísimas raíces existenciales y emocionales, ¡eso sí!) en medio de una (pseudo)realidad alejada –irreconocible– y apaciguada, desde la que unos desengañados “intelectuales monjes” –de vez en cuando, y casi a regañadientes– nos conceden la venia de su sabiduría filosófica y existencial. Pero la realidad histórica es tozuda e, incluso a estos monjes escritores –seres escépticos y *desengañados*, aislados voluntariamente del mundo–, se les escapa, a veces -sin que se enteren-, por entre los renglones que escriben.

Como cuando un voluntario de la División Azul dice:

“... Ortega lo había dicho, Alemania era Occidente [era la civilización y Rusia la barbarie], y nosotros nos lo creíamos porque él lo decía.” (p. 476 Alfaguara, 2001)

Y, en efecto

“...He ahí la novela: Ortega arengando a la Cruzada de Salvación de la Civilización de Occidente a prietas las filas de jóvenes fascistas españoles...” -remacha, el profesor Fortes-.

Ahí estaba -justo donde no está- la novela que se nos escamotea, justo ahí, en efecto, donde *no está*... Porque, si no se novelan las *realidades* que fundamentan la realidad *real*, la sublevación fascista -y todos los golpes de estado del mundo-, el apoyo de las elites y de los poderes ideológicos del estado al golpe militar -del banquero Juan March, como el de Henry Ford o IBM a la Alemania nazi, por ejemplo-, la Guerra Civil entera, el millón de muertos, los cientos de miles de asesinados, desaparecidos, exiliados, represaliados, la “*larga noche*” franquista, toda su frustración, todas sus consecuencias históricas: culturales, sociales, políticas o personales; y la Segunda Guerra Mundial entera, y las décadas de la fría y planificada brutalidad fascista y estalinista, e incluso el Holocausto corre el riesgo de quedar –como señala el mismo José Antonio Fortes– en mero “*victimalismo judío*”, anegado todo por un sentimentalismo *deshistorizado*, desgajado de la verdadera experiencia histórica –material y concreta: de naturaleza esencialmente económica y política– que nos permitiría descubrir y comprender –sobre todo, comprender– las claves de ese horror provocado histórica y objetivamente, por razones no emocionales, no individuales, no existenciales, sino por causas perfectamente *objetivables* y novelables. Pues, si no, una novela que se quiere *cervantina*, traiciona *ab initio* la propuesta del modelo, en donde los conflictos que se plantean no son de carácter individual, ni *sentimentales*; sino materiales -v.g. históricos- y colectivos.

Hay, además, otro tipo de novelas muy frecuente hoy, que no tratan de la Guerra Civil, ni del arcádico/mundo paraíso/perdido infantil –adolescente– de los autores; ni de esas cumbre/historias de *picorcillos* y pasiones maduro/amoroso/folletinescas, casposo/post/modernas, que se pegan como el cieno a los escaparates de las “grandes superficies”; son las de asesinos –asesinatos– misteriosos, seres misteriosos de torturadísima y “novelescos” recovecos mentales y sentimentales que remedan los imposibles y fantásticos asesinos *en serie* -asesinos *fordistas*- de las películas norteamericanas de las últimas décadas, sin tener en cuenta que el único asesino *en serie* español moderno fue un pobre demente, un alcoholizado mendigo de la calle –sin historia ni *glamouroso* atractivo (no hay ninguna novela que yo sepa sobre él), que mataba a otros mendigos, quizás tan dementes y perdidos como él; asesinos *novelescos*, pues, tan increíbles y fantásticos –tan de cartón piedra, como los de Hollywood–, que, como los de Hollywood, nos escamotean los nombres de los verdaderos asesinos. Menos mal que hay quien, como al singular Harold Pinter, no se le han olvidado los nombres de los verdaderos asesinos, ni tomar la realidad real como materia prima de la literatura, del pensamiento o del teatro; es un verdadero consuelo saberlo: que aún hay a quienes –incluso con el Nobel a la espalda– no se les ha olvidado ni una cosa ni otra.

Este olvido, no obstante, viene de lejos y está perfectamente motivado y previsto; ya nos lo avisaba en el lejano año de 1971, casi al final de los “*años oscuros*”, una famosa nota editorial (rescatada del olvido también, casualmente, por J. A. Fortes) de una de las “*etiquetas de prestigio incontestable*” en la España moderna, Barral Editores:

“... En la búsqueda de nuevas formas narrativas, se está imponiendo, cada vez con más fuerza, el cultivo de un intimismo esotérico entendido como crisol de extraños mensajes procedentes del exterior. No hay que considerar, sin embargo, esa tendencia criptográfica como ludismo gratuito, sino más bien como inspiración de las propias fuentes sensibles para refugiarse en la creación como única afirmación de libertad posible...”

Eso es tener las cosas claras, y lo demás: la realidad exterior, aquella dictadura fascista, a cuyo amparo se estaba constituyendo un nuevo sistema económico –nada más y nada menos que el capitalismo de consumo–, que determinaría la historia de España en las próximas dos centurias; nada, mera *circunstancia* (¿no lo había dicho también Ortega?), y pelillos a la mar, como diría don Quijote... Nada que una literatura y un arte *intimistas* en busca de la belleza ideal, del espíritu y del secreto de la “condición humana”, o de las eternas emociones, no pueda resolver (claro, en la realidad independiente y absoluta de las *bellas artes* y de la *gran literatura*; alejados –enajenados, quizás– de la realidad real por seres y obras excepcionales, que nos consuelan y nos explican el auténtico profundo y *misterioso* entramado del mundo, que nosotros, claro, jamás comprenderíamos sin su inestimable y generosa guía).

A veces, me he preguntado, qué es lo que lleva a determinados escritores, intelectuales y artistas a un *diagnóstico* correcto de esta auténtica “*ley del silencio*” –como la llama Caballero Bonald–, pero no a una *respuesta* correcta –ni a su obligada refutación-. ¿Qué se esconde detrás de esa *resignación* de un Eduardo Mendoza, por ejemplo, o del lastimoso *patetismo* del Marsé jurado del premio *mafioso* por excelencia, enfrentándose a un insignificante peón de la industria editorial española, o del *malogrado* potencial de escritura de un Muñoz Molina? No es una repentina ceguera, no se trata siquiera de

venalidad, ni de cansancio; es justo el mismo error de “apreciación de la realidad” del cual es víctima don Quijote; aquel que nos arrastra a un *individualismo* idealista, tan inútil para el *reconocimiento* del mundo, como estéril para la producción de sentido; volcado en la *inventio*, frente a la *elocutio* cervantina; teñido todo de un cierto *escapismo* autodestructivo -que se asienta, por lo común, en la impotencia, y en la animosidad insatisfecha del que sabe vocero de una clase que no es la suya-, y que desemboca en esa “épica del derrotado y del fracasado” -del *antihéroe*: dicen- que tan bien nos han vendido el “romanticismo industrial” del folletín de kiosco y la industria de Hollywood.

O, tal vez, se trate también del horror y el rechazo que nos produce lo real -más que de la dificultad intrínseca de su reconocimiento-, como nos propone el filósofo francés Clément Rosset². O quizás sea esa desazón insuperable que nos muestra Bernard-Marie Koltès en su pieza teatral *La soledad de los campos de algodón*, donde el “vendedor” y el “comprador” sólo comparten una idéntica absoluta e imbatible insatisfacción por lo que se nos ha dado como existencia. Que nos obliga a enfrentarnos solos -contra los iguales- a un destino asumido como *in/evitable* e *in/remediable*.

Sea como sea, esta insatisfacción, este miedo y rechazo de lo real; este “error de apreciación”; esta general huida -escape- de la realidad, no es, con todo, de ahora mismo; no es un fenómeno actual, viene de más lejos -de mucho más atrás, incluso, que los muy lúricos y muy *novísimos* años setenta-; y una de las más claras y contundentes recapitulaciones del fondo de la cuestión que conozco, no proviene de ningún crítico literario, ni de ningún novelista, sino de dos grandísimos directores del cine español, uno muerto, Juan Antonio Bardem, y otro afortunadamente vivo, Basilio Martín Patino... En el mes de mayo de 1955, durante las famosas *Conversaciones Nacionales Cinematográficas de Salamanca*, convocados por Patino, muchos de los directores y profesionales de la época se reunieron para analizar la situación de la industria cinematográfica española... Al final de las mismas, su anfitrión y Juan Antonio Bardem -que venía de recibir el premio de la Crítica por *Muerte de un ciclista*, en el Festival de Cannes- resumían conjuntamente las conclusiones de aquel congreso subrayando que

“...cuando el cine de todos los países concentra su interés en los problemas que la realidad plantea cada día, sirviendo así a una esencial misión de testimonio, el cine español continúa cultivando los tópicos más conocidos. El problema del cine español es que no es ese testigo que nuestro tiempo exige a toda creación humana...”

Bardem va mucho más lejos, y añade:

“...El cine español es políticamente ineficaz, socialmente falso, intelectualmente ínfimo, estéticamente nulo e industrialmente raquítico...”

Si sustituimos la palabra *cine* por novela -teatro, poesía-, tendremos -cincuenta años después; un régimen después; un sistema económico y social después; una historia, quizá, después- el retrato aproximado de la situación actual. Nuestra tarea está, pues, más que justificada.

² Clément Rosset, *Lo real*, Valencia, Pre-Textos, 2004.

“Hay una literatura que oculta y huye de lo real, y otra que desvela las condiciones y reglas que rigen nuestras vidas (reales)” -escribí con ocasión del cuarto centenario-. Desde el origen mismo de las literaturas vernáculas europeas, por la larga serie de los “relatos del mundo” que nos han precedido, sabemos que la clase y la ideología -la conciencia subjetiva del mundo- condicionan y determinan el uso de las técnicas literarias y la expresión poética de lo real (como determinan los discursos científicos y las prácticas tecnológicas). Lo sabemos, desde el principio, por el texto fundacional de nuestra literatura, el *Poema de Mio Cid*; lo sabemos por El Infante de Castilla, don Juan Manuel, y por Juan Ruiz, el arcipreste de Hita; lo sabemos también por el Fernando de Rojas de *La Celestina* y por el Francisco Delicado de *La lozana andaluza*; por el anónimo autor del *Lazarillo*, por Cervantes o por el Mateo Alemán del *Guzmán de Alfarache*.

Sabemos que la tarea del Galdós de los *Episodios Nacionales* o de *Fortunata y Jacinta*, del Clarín de *La Regenta*, de la Pardo Bazán de *La tribuna*; del Ayguals de Izco de *María o la hija de un jornalero*, se corresponden, en primera o última instancia, con el proyecto de una clase social en pugna por constituirse en clase dominante y *componer* el mundo a su imagen y semejanza.

Sabemos, del mismo modo, desde los simbolistas, y especialmente desde Kafka y las vanguardias surrealistas, constructivistas y expresionistas -en España, el Valle Inclán de los esperpentos, por ejemplo, o el José Díaz Fernández de *La venus mecánica*, o de *Blocao-*, que hay múltiples formas de acceso, de expresión y desvelamiento de lo real mediante los códigos literarios.

Hemos leído al Sender de *Imán*, a Antonio Espina y Arderius; al Corpus Vargas de *Los galgos verdugos*, al Arconada de *La turbina*; como leímos a Brecht o Peter Weiss, y sabemos que hay un realismo crítico -y socialista- posible. Hemos leído también al Luis Martín Santos de *Tiempo de silencio*, al Juan Goytisolo de *Señas de identidad* o *Don Julián*; al Eduardo Mendoza de *La verdad sobre el caso Savolta*; y, con el Jesús López Pacheco de *El homóvil*, supimos cómo se puede *escribir* -novelar realmente; de múltiples formas- nuestro mundo.

Sabemos incluso que por el *negativo* -airado, tremendista o nihilista-, la realidad deja sus rastros paradójicos en obras tan dispares como las de Quevedo, Louis Ferdinand Céline, el Gombrowicz de *Ferdydurke*, el Maurice Pons de *Las estaciones*, el Camilo José Cela de *Pascual Duarte* y *La colmena*, o el Thomas Bernhard de *Tala*. Y que la introspección y los sueños -igual que la razón, la negación y la ira-; la metáfora y el lenguaje -instrumentos que, al cabo, nos instruyen-, son otras tantas vías de acceso y *mostración* de los cimientos la realidad que *nos* construye; Iris M. Zavala, nos lo explica -y se explica- con pasión aquí mismo.

Las vías de acceso y desvelamiento no son, pues, el problema; la voluntad de hacerlo, sí. Se ha renunciado a novelar -a expresar- la realidad presente, amparándonos en la búsqueda del *silencio* y de lo eterno constante; en las reiteradas supuestas muertes de la novela, del arte, de los dioses, del hombre y del mundo. Al tiempo que tratan de convencernos de que sólo la posesión y disfrute de las cosas/mercancías -mediante el reconocimiento y la *consagración* del mercado: incluido nuestro cuerpo/mercancía- tiene sentido.

Y, no obstante, hay quienes resisten la mórbida -y dorada- atracción del abismo, de ese espantoso “*vacío abisal*” que veía ante sí Eduardo Mendoza; y no emprenden la huida, ni se dejan caer obnubilados en la oscuridad abismal; ahí están los casos de Belén Gopegui, de Iris M. Zavala, de Jorge Riechmann, Quique Falcón, Antonio Orihuela, Juan Antonio Hormigón, Alicia García, José Antonio Fortes, Julio Rodríguez Puértolas, Constantino Bértolo y Alfonso Sastre -entre otros muchos: y Eva, en nuestro corazón-; novelistas, poetas, hombres de teatro, profesores, intelectuales y editores que, no por casualidad, están entre los constructores de este libro.

“Tal vez nos perdamos, o nos entretengamos, y extraviemos el camino a menudo, o tal vez no sepamos (ni como artistas, ni como lectores) apurar esta tarea, cumplirla cabalmente, acabarla del todo... Pero hay algunas cosas -muy sencillas, por otra parte- que sí sabemos: que cualquier poética que pretenda dar cuenta de lo real y reocupar la vida, entre lo particular concreto y lo general abstracto, siempre preferirá lo material concreto; entre lo grande inefable y lo pequeño comunicable, siempre lo pequeño comunicable; y entre lo dinámico y lo inmóvil, el riesgo, sin duda, y el movimiento...” - escribí entonces, y lo sostengo ahora-